



*Dos viajeros europeos
Ignacio Domeyko y Paul Treutler:
su mirada sobre los derechos humanos
de las mujeres araucanas*

por Lilianet Brintrup

RESUMEN: El viaje a la Araucanía chilena en 1845 del científico Ignacio Domeyko, se enmarca dentro de su deseo de visitar un poco más Chile antes de su regreso a Polonia: ver el país de los salvajes araucanos. Esta 'visita' dará origen a un libro único que constituye una verdadera defensa de los derechos humanos de los araucanos: *Araucanía y sus habitantes*. Domeyko, altamente respetado en Chile influyó fuertemente en el establecimiento de una nueva mirada hacia los habitantes indígenas del sur del país. Su estudio ha originado numerosas revisiones y artículos críticos. En este trabajo reviso la mirada de derechos humanos que Domeyko da sobre la mujer araucana en su diaria convivencia. La narración ocurre cuando llevaba ya veintidós años en Chile y no está desligada de la ideología imperante del siglo ni de los hechos históricos del proyecto civilizador y progresista chilenos; más bien está centrada en el proyecto. Los rasgos positivos del indígena se atenúan al anotar algunos de los que Domeyko considera serias faltas, como el autoritarismo del hombre sobre la mujer, el trato y maltrato hacia ella: la confinación de la mujer araucana y la imposibilidad de auto-decidir ser libres. Paul Treutler, viajero germano, ingeniero de minas, llega a la región de la Araucanía catorce años más tarde en 1859 y observará no sólo lo que Domeyko observara en 1845 sobre el



estado de la mujer araucana, sino que estuvo muy cerca de algunas de ellas; pudo presenciar juicios en contra de las mujeres araucanas; como también recibir la confesión y solicitud de ayuda de una mujer blanca cautiva embarazada, esposa de uno de los caciques y víctima de las otras esposas araucanas del cacique. Se revisan dos de sus libros: *Andanzas de un alemán en Chile 1851-1863* y *La provincia de Valdivia y los Araucanos*.

PALABRAS CLAVE: Viajes; Viajeros europeos; Mujer; Siglo XIX.

ABSTRACT: Scientist Ignacio Domeyko's 1845 trip to the Chilean Araucanian region was taken in the context of his desire to visit Chile a bit more before his return to Poland: see the country of the Araucanian savages. This visit would give birth to a unique book that constitutes a true defense of the Araucanians' human rights: Araucania and its inhabitants. Domeyko, who was highly respected in Chile, strongly influenced the establishment of a new view of the indigenous inhabitants living in the south of the country. His study has originated numerous revisions and critical articles. In this work I review Domeyko's human rights view of the Araucanian woman he gleans through his coexistence with them. His narrative occurs when he had already been living in Chile for twenty-two years, and is not separate from the overriding ideology during that century, nor from the historical facts of the civilizing projects and Chilean progressivism; rather, it is centered in the project. The positive characteristics of the native are mitigated when noting some of those Domeyko considers serious faults, such as the authoritarianism of the man over the woman; the treatment and mistreatment of her; her confinement and impossibility of self-liberation. German traveler and mines engineer Paul Tretler arrives in the Araucanian region fourteen years later in 1859 and not only notices what Domeyko had observed in 1845 about the state of the Araucanian woman, but also gets close to some of them; he witnessed trials against Araucanian women; he also accepted/received the confession and request for help of a pregnant white woman prisoner, wife of one of the caciques, and victim of the other wives. Two of his books are included in this paper: *Andanzas de un alemán en Chile 1851-1863* and *La provincia de Valdivia y los Araucanos*.

KEY WORDS: Travel; european travelers; women; 19th Century.



El viaje a la Araucanía chilena en 1845 del sabio polaco Ignacio Domeyko,¹ se enmarca dentro de su intención de regresar a Polonia y de su último deseo antes de dejar Chile, de visitar, ver, “el país de los salvajes araucanos”.

El libro de Domeyko *Araucanía y sus habitantes* forma parte de una serie de libros que trataron el llamado “problema araucano”, tanto de aquéllos que lo antecedieron como aquéllos que lo precedieron. Domeyko leyó y se inspiró principalmente en *La Araucana* (1569) de Alonso Ercilla y Zúñiga, poema épico que canta las hazañas bélicas entre los conquistadores españoles y el pueblo mapuche. Los libros escritos en el siglo XVI, XVII y XVIII, también fueron conocidos por Domeyko, especialmente aquéllos republicados en el Siglo XIX. Se pueden citar por ejemplo el *Arauco Domado* de Pedro de Oña de 1596; el *Cautiverio Feliz y razón individual de las guerras dilatadas de Chile* de Francisco Núñez Pineda y Bascuñán de 1673 republicado en 1863 y que incluía ya una defensa de los derechos de los indígenas araucanos; la *Histórica relación del Reyno de Chile* de Alonso de Ovalle de 1646 republicado en 1888; la *Historia general de reino de Chile. Flandes Indiano* de Diego de Rosales de 1674; el de Miguel de Olivares y González “Trabajos de los misioneros jesuitas en la Araucanía” de 1756 y republicado en 1864; el *Compendio de la Historia Geográfica, Natural y Civil del Reyno de Chile* de Juan Ignacio Molina de 1782 y republicado en 1878; y los trabajos de la lengua mapudungun y de la música de los misioneros en la Araucanía *Chilidugú. Sive Tractatus. Linguae Chilensis* de Bernardo de Haverstadt de 1772. Después de la publicación del libro de Domeyko en 1845, se publican por primera vez los libros de Alonso de Góngora y Marmolejo en 1862. Contemporáneos a Domeyko fueron los libros del norteamericano E.R. Smith en 1853 y los trabajos del historiador chileno José Toribio Medina sobre *La Araucana* de Ercilla publicado en 1917 y Medina realizó también estudios sobre el Arauco Domado de Pedro de Oña; *La Conquista de Arauco* de Aquiles Ried de 1860. Claudio Gay se dedicó también a estudiar a los araucanos en dos de sus libros: *Los araucanos y Pueblo mapuche* de 1844 y 1851.²

¿Qué es lo que hace único al libro de Domeyko? Sin duda son varios los aspectos, y relativos a su noble fin, es decir a la defensa de los indígenas mapuche; en esta ocasión me refiero únicamente a su mirada crítica acerca de los exiguos derechos de las mujeres mapuche. En su extenso relato de 258 páginas, Domeyko “tra[tó] de señalar el camino para la integración chileno-mapuche” (33) y su propósito fundamental fue observar el “Estado moral en que se [hallaban] actualmente los indios araucanos, sus usos y costumbres” (42); lo hizo comparando lo que canta el poeta español Alonso de Ercilla y Zúñiga sobre los araucanos, con el estado en que él mismo los encuentra en su viaje. La comparación es desfavorable, pues los gallardos y valientes indígenas del poema épico se encontraban en estado lamentable debido a la falta de educación, planificación y

¹ Domeyko perteneció a una familia de la más antigua nobleza lituano-polaca, dueños de vastos territorios. Estudió de niño en la escuela de los Padres Píos y posteriormente en la Universidad de Vilna en donde entró a la facultad de Ciencias Naturales. Vivió en Zapole, Lituania hasta los 28 años, momento en que junto con sesenta mil polacos tuvo que abandonar Polonia debido a su participación en la insurrección del país en 1830 en contra de la invasión rusa, exiliándose primero en Francia en 1832, para posteriormente viajar a Chile el 2 de febrero de 1838, contratado por el gobierno de Chile para dar clases de química y mineralogía en el Colegio de Coquimbo por seis años.

² Hay muchos otros libros de viaje y de historia sobre la Araucanía, aunque no directamente pertinentes para este breve trabajo.



organización justa por parte del Estado chileno: "Nadie entre ellos sabe hoy quiénes eran aquel esforzado Lautaro, ese sabio Colocolo, el impávido Caupolicán que sólo viven en la memoria y poesía de los cristianos." (101); sin embargo, escribe idealizando: "Aquí un puñado de habitantes primarios ha conservado su espíritu, severidad y valentía de sus antepasados, los Lautaros, los Tucapeles, los Colocolos, cuyas hazañas canta Ercilla." (173) En realidad, Domeyko no ve nada de esto. Lo que ve es un pueblo nativo bastante amedrentado por las amenazas gubernamentales y personales de seres que, como su guía Zúñiga, un capitán de amigos, definía y describía a los araucanos con estas palabras ante el propio Domeyko:

El indio [...] es pícaro, traicionero, engañoso no soporta al cristiano ni al español, nunca se rinde por las buenas; es un animal, no se debe soltarle las riendas, hay que tratarlo cruel y severamente y hasta aniquilarlo, si hace falta, y sobretodo obligarlo a todo a la fuerza, ni dejarle en paz ni darle descanso. (190)

El "problema araucano" pues, importaba mucho a Domeyko y no todo lo que se decía del tema satisfacía al científico: "[...] cosas tan oscuras y contradictorias se han dicho de los araucanos, ideas tan confusas e inciertas he oído emitir a los mismos misioneros que habían vivido entre ellos, que según mi concepto, nada se sabe de cierto y de seguro sobre la verdadera religión que profesan [...]" (78), por lo que decide viajar por un mes a la Región partiendo el 23 de diciembre de 1845 desde la ciudad de Concepción. Su viaje es voluntario y largamente deseado para ver personalmente a "[...] indios medio salvajes [...]" (143) y "[...] por la curiosidad y ganas de verlos en su propia patria [...]" (153), con el objeto de ver, estudiar, observar y escribir un libro que constaría de cuatro partes. Libro único que constituye una verdadera defensa de los derechos humanos de los araucanos titulado: *Araucanía y sus habitantes* (1992), el cual influyó fuertemente en el establecimiento de una nueva mirada hacia los habitantes indígenas. Su estudio ha originado numerosas revisiones y artículos críticos. Su visita se centra al interior del proyecto civilizador de Chile. Progresar materialmente sirviéndose de la naturaleza, civilizar y evangelizar a los indígenas araucanos, constituían un sólo gran gesto de poder. Complementa la articulación narrativa el directo trabajo de simplificación con respecto a la naturaleza y al habitante nativo; así, la Araucanía aparece como un espacio poco amenazante carente de animales ponzoñosos y donde los indígenas son atentos, hospitalarios y honrados. Sus observaciones a partir de sus diversos encuentros van a oscilar entre rasgos considerados positivos y negativos. La serie de rasgos positivos del indígena se atenúan un tanto al notar ciertas faltas o defectos: por ejemplo, la manera de hablar o conversar en sus parlamentos, el tono de la voz y, lo más negativo para el viajero, el autoritarismo del hombre sobre la mujer, el maltrato y la confinación de los que es víctima la mujer araucana. El tono de voz de la mujer mapuche es percibido de manera doble, a diferencia de la voz del hombre que el viajero rechaza de plano. Por un lado es una voz que aunque *baja* (como "la mirada baja"), es "[...] melodiosa y algo cariñosa, extremadamente suave y delicada [...]" pero por otro lado, esta misma voz "[...] es casi la expresión del infortunio y la esclavitud." (92) La comunicación versus incomunicación con el mapuche presenta aspectos interesantes en el relato: Domeyko no habla directamente con ellos; los escucha hablar y lo que escucha le desagrada. La construcción de un paisaje tranquilo, sereno, ajeno a amenazas mayores le ayudarán a presentar al "salvaje araucano" ni tan salvaje ni tan bárbaro. Sin



embargo, el alcoholismo, la poligamia, como también lo que más le choca, el autoritarismo del hombre sobre la mujer, el trato y maltrato hacia ella, y en general la confinación de la que es víctima, lo que resulta en su imposibilidad de decidir por ella misma a ser libre, serán sus peores defectos. Observa la gran paradoja de un pueblo que ama su libertad, pero que se la prohíbe a sus mujeres. Desconociendo la estructura familiar de la sociedad araucana, es decir, sus leyes internas de usos y costumbres, Domeyko observa desde su mirada católica y europea. Muchas veces al tener que pernoctar en rucas de indígenas durante su desplazamiento por la región, Domeyko observará no sólo el cuerpo físico y la vestimenta de la mujer, sino su forma de mirar la que cataloga como una mirada transparentada de tristeza y de agobio: "Las mujeres trajinaban alrededor del fuego haciendo un ruido interminable con sus abalorios, cascabeles y campanitas en el pecho, siempre agachadas, sin mirar a los huéspedes." (221) y en otro momento escribirá: "Con las miradas bajas y en silencio, sólo con el tintineo de sus abalorios y cascabeles, servían estas dueñas amables de caras bonitas." (226) Domeyko pone en evidencia el pudor y el buen trato que tenían las mujeres mapuche para con las visitas, aunque en ausencia de sus maridos no permitían a nadie la entrada a la choza, excepto si éstas eran mujeres araucanas: "Sencilla y decente fue la conducta de estas mujeres y de otras dos, que luego vinieron aparentando una visita [...] Mateo y su muchacho, les trataron con la misma decencia y modestia." (251) La preferencia de la mujer mapuche por telas y ciertos colores le hablan al viajero de simpleza, de limitación; destaca también el nivel de humildad que mostraban en todo momento las araucanas; pero lo que más le irrita y le interesa destacar es el engaño de que fueron víctimas por Zuñiga, el Capitán de amigos que lo acompañaba: "En el viaje ya repartí para regalos los mejores pañuelos y abalorios. Zúñiga para demostrarme lo simple y limitado que eran estas mujeres, regateaba con ellas, les daba dos hilos de abalorios por la oveja; humildemente [le] pedían por lo menos tres hilos azules, pero cuando [yo] les regalé un haz de diferentes colores, quedaron muy contentas." (252) La estupidez de Zuñiga es de algún modo compensada por Domeyko, aunque al final éste invierte nuevamente la conducta de las mujeres indicando y corroborando la simpleza de las mismas al preferir éstas un pañuelo de algodón carente de valor, a un pañuelo de seda de mayor valor: "Quise obsequiarles [escribe Domeyko] algún regalo mejor, porque dijeron que podíamos llevar no sólo la oveja sino dos corderos más para el camino. Les ofrecí [a las mujeres] mi pañuelo de seda, pero prefirieron quedarse con otro, de algodón, rojo, de color llamativo, aunque éste no valía ni un real." (Domeyko 252)

Con lo que Domeyko simplemente no pudo tranzar fue que la mujer mapuche fuera comprada para ser esposa; y que mientras más cara fuese una mujer esto ayudaba a desistir a los caciques a tener muchas. El rol de esposa le choca fuertemente y en varias ocasiones tuvo que presenciar lo que él llamaba "la esclavitud" de la mujer araucana:

[...] sin que alma viviente le ayudase en esta tarea; nadie hacía caso de ella y ella sin tener tiempo de mirar a sus huéspedes, cortaba la carne, raspaba las papas, traía el agua, ponía sus ollas, atizaba el fuego, andaba, trajinaba, sin acusar la menor señal de impaciencia, haciendo sólo sonar incesantemente sus chaquiras y cascabeles. [...] La triste condición a la que se hallaba reducida en medio de aquel país la infortunada mujer. [...] Su voz extremadamente suave y delicada es casi la expresión del infortunio y la esclavitud. [...] Basta entrar una sola vez a la casa de un indio para reconocer en sus esposas la imagen de la verdadera esclavitud, de la degradación de su bella naturaleza y del noble destino de la mujer. (92-93)



Domeyko presenta una verdadera defensa de la mujer culpando y haciendo responsable al hombre araucano por la práctica de la poligamia:

Ella en su buena como en su mala suerte, le sirve sin poder cautivar ese exclusivo querer y ese cariño porque tanto suspira, y que es partido entre otras esclavas del orgulloso amo. Degradada por la sensualidad el alma del hombre, aquella alma que aún en un pecho ardoroso no podría corresponder al amor de una sola, se subdivide entre muchas [...] las rebaja, humilla y las envilece. (92-93)

La esclavitud de la mujer mapuche es tal que hasta no se le permite hablar ni mostrar sus emociones, sino únicamente "Se les permite verter lágrimas y levantar gritos de dolor en los entierros de sus maridos [...], las mujeres araucanas viven en estado de abatimiento [...] y excluidas del trato social [...], No son admitidas ni a los bailes ni a juegos [...]" (96); más aún, las indígenas en tiempos de guerra "mueren de hambre y de miseria":

No menos desgraciadas se hallan las indias en tiempo de guerra, o invasión de alguna tribu enemiga. Sin participar de la vida activa y aventurera de sus valientes maridos, tienen que esconderse con sus hijos en las impenetrables selvas, en donde prolongándose la guerra mueren de hambre y de miseria, o descubiertas, caen en el cautiverio. Y qué fatal suerte aguarda a una cautiva, cuando sobre ella hacen pesar no sólo el bárbaro derecho del sexo, sino también el de la fuerza, de la conquista y de la venganza! Vendida o retenida en poder del enemigo, del asesino de sus hijos y marido, queda para siempre esclava, y se considera como propiedad legalmente adquirida.

Pero todo eso no debe admirar a un observador despreocupado. La misma condición en que se hallan actualmente las mujeres araucanas, tienen todavía las mujeres en todas partes del mundo adonde la luz del evangelio no ha penetrado; igual condición tenían en las naciones aun civilizadas antes de la introducción del cristianismo. (96)

Domeyko las observa desde varios ángulos: 1) de cerca en los caminos, de frente y directamente a los ojos y describiendo su mirada y sus trajes en detalle; 2) desde el lomo de su caballo; saliendo ellas de las puertas de sus casas para barrer el patio y preparar algún recibimiento; describe su movimiento físico y en general, su diligencia; 3) en el interior de sus casas: esta proximidad le permite observarlas con atención en el trabajo que realizan, en su relación con su esposo e hijos y con los huéspedes (él incluido). El trabajo que la mujer realiza –siempre ante la indiferencia del hombre, según el viajero– es excesivo para su condición de mujer. Define a las mujeres indígenas como "esclavas" de un "despótico esposo". Siempre las observó "ocupadas con ollas, dar de comer a los niños [y] todas vestidas y peinadas del mismo modo": (198) "La mujer araucana es una imagen de humillación y estado de esclavitud [...] andan agachadas, cabizbajas, con mirada baja; al cruzarse con un desconocido lo saludan con voz baja, melodiosa y algo cariñosa: mari, mari. Son trabajadoras [y] pacientes." (200) A lo largo de su libro repetirá constantemente que las mujeres se desplazan o "trajinan" en el interior de sus casas "[...] con la mirada baja, agachadas y haciendo sólo sonar incesantemente sus chaquiras y cascabeles." (200) La imagen que se construye es la de una mujer cuasi animal silencioso y con cencerro en el cuello. Esta imagen sería el reflejo mismo de un estado de "humillación". Domeyko puntualiza: "En realidad la mujer india es esclava, o cuando más, criada de su marido, comprada por él a su padre a precio convenido, destinada a



trabajar." (200) El diario y pesado trabajo que la mujer realiza, ante la indiferencia del sexo masculino, es decir, "[...] mientras [éste] queda tendido [borracho, ebrio] en el umbral de su casa o anda en sus correrías en pos de sangrientos malones [...]" (92-93) es uno de los aspectos que más disturbaban al viajero. Siendo testigo de esta situación la refiere con las siguientes palabras:

Ella [una india joven] atizaba o arreglaba el fuego, trajo agua para el ulpo, lavó y partió en pedazos la carne de carnero y la asó en brasas. Su despótico esposo charlaba, murmurando algo con nuestro compañero. La mujer recogió, lavó los platos de madera, trajo leña y atizó el fuego [...] sin que alma viviente le ayudase en esta tarea" [...] "Se fue el cacique dueño de la casa a su lecho, se tendió cuan largo era, crujieron las tablas. La joven mujer se acercó a su cama, puso la mano izquierda sobre el cuerpo de su marido y se quedó así inmóvil con la cabeza baja [...] esta buena mujer, hasta ahora inmóvil como una estatua, al ver con su mirada tímida de debajo de la trenza que le cubría el rostro, que todos los huéspedes ya se durmieron, corrió rápido al fuego, cubrió las brasas con ceniza y volvió donde el marido." [...] Antes de que el cacique empezara a moverse en su cama crujiente, ya la misma mujer trajinaba por la casa en silencio y con cuidado para no despertarnos; partió leña detrás de la puerta, prendió fuego, trajo agua y dio de comer a su niño gritón. (93, 224-227)

Domeyko responsabiliza directamente el infortunio y la limitación lingüística y social de la mujer indígena a los hombres araucanos, señalando que el hecho de que se las excluya del trato social, de los juegos y de los bailes las hace vivir en perpetuo "estado de abatimiento". La falta más grave de los araucanos según Domeyko, corresponde a la práctica de la poligamia. Por ahora baste indicar que las erróneas y/o verdaderas observaciones de Domeyko con respecto a la mujer araucana fueron vertidas no sólo a partir de parámetros europeos, sino con un considerable desconocimiento de las regulaciones y códigos sociales y familiares del mundo araucano. En uno de sus primeros encuentros llaman su atención el color negro de los ojos de la mujer indígena "más negros todavía que las trenzas", y por la intensidad del color se contradice al decir que la mirada de mujer mapuche sea siempre inexpresiva, porque ahora son "ojos negros ardientes" con que "chispas en sus ojos" (219). Domeyko clasifica al hombre araucano en dos tipos: el araucano en "tiempos de paz" el cual es:

[...] de carácter afable, honrado, susceptible de las más nobles virtudes; hospitalarios, amigo de la quietud y el orden, amante de su patria y por consiguiente de la independencia de sus hogares, circunspecto, serio, enérgico: parece nacido para ser buen ciudadano. [...] denles a conocer la verdadera fuerza y el poder de la civilización moderna, y verán entonces lo que son el carácter indio y su alma. (111)

Y el araucano en "tiempos de guerra" que está:

[...] cargado con todos los vicios que se le atribuyen, borracho, ladrón, traicionero, pillo, desconfiado, cruel, material en sus goces e inclinaciones." (117) "[...] en general parecen como pesados, perezosos, golosos, propensos a la embriaguez y al juego [...] y cediendo de repente a una especie de huracán tumultuoso que les sale del pecho, se enfurecen y caen en movimientos rápidos y extremados. (87, 117)

Dicha clasificación deja fuera a la mujer araucana, pues ella está excluida del quehacer del hombre. En tiempos de paz es criada y esclava y en tiempos de guerra,



debe huir con sus hijos al monte y eventualmente se muere de hambre. Su no participación crea, según el viajero, un serio desbalance social.

Por su parte Paul Treutler, viajero germano, ingeniero de minas, quien llega a la región de la Araucanía catorce años más tarde que Domeyko, en 1859, observará no sólo lo que Domeyko observara en 1845, sobre el estado de la mujer araucana, sino que estuvo muy cerca de algunas de ellas, pudiendo presenciar así, juicios en contra de mujeres mapuche, además de recibir la confesión y solicitud de ayuda de una mujer blanca cautiva embarazada, víctima de los celos de mujeres araucanas; y ver de cerca la práctica de la poligamia y el confinamiento de la mujer mapuche. Para este trabajo, reviso uno de los libros de Paul Treutler: *La provincia de Valdivia y los Araucanos* de 1861.

En las primeras páginas de su primera expedición, hace saber al lector sobre los textos históricos (ya citados) que él habría leído antes de iniciar su viaje por dicha Región. Nos habla de entrada de un viajero informado de algunos hechos del período de la Conquista sin ningún cuestionamiento. Enseguida Treutler se centrará en el tiempo presente de su viaje para ir indicando aspectos positivos y negativos de la mujer mapuche. Llamarán su atención la vestimenta: "El primero era un género cuadrado, tejido de lana gruesa por las mujeres y teñido con añil." (Teutler, 307). Para el viajero el hecho de que la mujer mapuche usara adornos de plata maciza en su vestimenta lo asocia, como Domeyko, con un rasgo propio de la femineidad, para enseguida comentar sobre sus creencias:

"El gran odio de los araucanos a la religión cristiana y la resistencia que le ofrecen, tiene su razón principal en su aversión a todos los forasteros, en el amor que profesan a su libertad y en el apego a sus costumbres inveteradas, sobre todo a la poligamia. Muchos se dejarían bautizar de inmediato, si se les permitiera conservar sus mujeres." (310)

La poligamia es un hecho chocante para este europeo transido de religión católica y/o protestante, por lo que volverá sobre el tema una y otra vez: desde la modalidad de anunciar el número de esposas que un araucano podía tener, de acuerdo a sus recursos materiales, a través el número de fogatas encendidas al interior de sus chozas, hasta la compra y venta de la mujer por parte de la línea masculina: padre y futuro esposo; para al fin llegar a la total degradación de la mujer al convertirse en esclava prisionera del hombre, quien en su intenso sufrimiento llegaría a considerar el suicidio como la única alternativa para conseguir su libertad como persona. Los caciques podían conseguir hasta veinte esposas, pero un indígena pobre tenía sólo dos. La poligamia los llevaba a robar jóvenes blancas las que pasaban a conformar parte de sus "harenes", según la palabra usada por Treutler.

"[A] esas pobres criaturas [que] no tenían voluntad propia, ni les estaba permitido el amor. Si alguien pretendía a una muchacha, ésta no era informada de ello; el futuro esposo la adquiría de sus padres pagando cierto número de caballos, vacunos, porcinos, etc., según fuese la calidad que se atribuía a la desposada y a su familia.

La mujer era una obediente esclava, que todo lo tenía que soportar, y por grande que fuera el número de mujeres de un hombre, siempre se comportaban ellas pacíficamente, desconociéndose del todo los celos y las peleas." (106)

Los celos y desavenencias sólo aparecerán cuando se trate de una mujer blanca cautiva, como bien lo explica el mismo Treutler. Los hombres en cambio eran excesivamente celosos y castigaban cualquier sospecha de adulterio con la muerte,



quemando viva a la mujer, y si ésta intentaba escapar le cortaban un tendón de un pie dejándola minusválida no sólo para huir, sino para caminar y correr bien. Treutler es testigo visual de una de estas prácticas atroces, en donde la muerte iba acompañada de la tortura de mantener viva a su víctima la mayor cantidad de tiempo posible, asunto que le confirma, según el viajero, lo “salvaje y cruel” del araucano; igual a lo que ocurría en los sótanos de torturas lentas de los europeos italianos.

El viajero observa a la mujer araucana decimonónica con admiración también por su belleza y señalando que su moral era extremadamente firme; que debían realizar todas las faenas de la casa, sin excepción; que eran maravillosas madres en el cuidado de sus hijos, tanto en el parto como en la crianza; que eran resistentes al frío, en realidad, a cualquier inclemencia del tiempo; que después de haber “[...] trabajado pesadamente todo el día y, sin haber recibido ayuda alguna por parte de ningún hombre araucano, y encontrarse cansadas por la noche, tenían que tolerar los caprichos de sus maridos o padres que llegaban ebrios a casa.” (390). El hecho de que la mujer araucana no se quejara sobre el exceso de trabajo y abuso, le hace concluir a Treutler que “[...] la mujer era una verdadera imagen de la sumisión, de la esclavitud.” (390). Sobrevalora de modo repetitivo el hecho de que las mujeres se laven el pelo con orina y así lo mantengan negro, firme y lustroso; y que sean tan aseadas bañándose hasta tres veces al día usando la corteza del quillay a modo de jabón y cambiando a menudo su ropa; enfatiza el rasgo de pudor de la mujer mapuche y lo compara en detrimento del de las mujeres chilenas: “Las indígenas eran también muy pudorosas [más] que las cristianas chilenas, y se bañaban sólo en lugares ocultos. ¡Cuántas veces, en cambio, vi bañarse en Valparaíso a mujeres y muchachas, aun de las clases superiores, en presencia de los hombres y sólo con un pañuelo alrededor de las caderas!” (306) La generosidad de la mujer mapuche es otro de los rasgos que acentúa Treutler. Relata que llegaron él y sus acompañantes a la casa de unos indígenas en medio de la noche y casi muertos después de una excursión, en un estado miserable sin haber comido ni dormido por dos días, con las manos y pies hinchados y heridos y, las mujeres mapuche de ese lugar, no sólo los instaron a que se sacaran la ropa y acercaran a la fogata sus cuerpos ateridos, sino que “[...] tuvieron la caridad de quitarse sus “icullas” para que cubriéramos nuestras vergüenzas, quedando ellas con el busto medio descubierto mientras nos preparaban rápidamente un guiso de maíz cocido.” (344) En su segunda expedición a la Araucanía, Treutler dedicará varias páginas a la modalidad de realizar una boda, presentándola como una verdadera “batalla de sexos”, en donde la mujer es víctima, pues nunca tiene la posibilidad de elegir al hombre, sino que apenas logra una mínima apreciación en su sociedad, en la medida que lucha fieramente arañando y golpeando a su futuro marido quien la ha raptado subrepticamente. Treutler registra casos en donde padres ancianos realizan reclamos contra el maltrato que sus yernos daban a sus hijas (101) y como también casos de “[...] quejas de algunas mujeres que querían dejar a sus maridos por el mal trato que recibían de ellos.” (135) El punto culminante del relato de Treutler, en relación a las mujeres, lo constituye su intento de salvar de la muerte a una cautiva blanca, acusada por parte de las otras esposas del cacique Pailialef; la cautiva era la esposa preferida de su amigo personal el cacique Pailialef. Treutler dialoga con Pailialef no sin antes haber escuchado la historia completa de la víctima; intentando referir el caso a la Intendencia de la ciudad más próxima; luchando en contra de su propia idea descabellada de huir con la víctima (Natalia Mora, hija de un Coronel portugués residente en Buenos Aires); para finalmente hablar directamente con Pailialef del modo más diplomático posible para no levantar



sospechas. Su conversación con Pailialef es del todo interesante: Treutler le explica a su amigo el cacique Pailialef lo que son los celos en las mujeres con respecto a un esposo y lo convence de que no se trata sino de habladurías por parte de esas esposas celosas; arguye a Pailialef que el dinero invertido en la compra de la cautiva, lo perdería en el caso de que fuera juzgada, quemada y muerta; le arguye también que él entiende por qué el cacique la prefiere, puesto que es más delicada que las otras esposas y que le cocina todo lo que al cacique le gusta; al final, después de una larga meditación por parte de Pailialef, éste le responde que es verdad todo lo argumentado y que no la matará. Treutler siente que ése es el momento de conseguir la liberación de esta mujer y ofrece comprársela a Pailialef, aumentando en cada negativa por parte del cacique, el monto de la compra. Pailialef cierra el caso diciéndole a Treutler que si en algo aprecia su propia vida, que tenga a bien de no volver a hablarle del asunto. La narración no ofrece una resolución total del caso. Concluirá Treutler con estas palabras:

"[...] Triste i muy triste es la suerte de la mujer entre los araucanos. Sometida enteramente a las órdenes de sus padres, pasa su niñez ocupada en los quehaceres de la casa, sin tener las distracciones i entretenimientos que tanto se desean en esa edad. Crecida ya, sigue bajo la misma sujeción hasta que algún Picunto solicita su mano. Pero aún entonces carece de la libertad de escoger a una persona de sus simpatías, porque el matrimonio se arregla sin que ella pueda saberlo por medio de una especie de venta." (70-71)

Como el propósito de Paul Treuler era rastrear las antiguas minas de oro y plata, abandonadas por los españoles durante la Guerra de Independencia, al descubrirse –a partir de un complot en su contra de principalmente chilenos– su verdadera identidad e intención, fue apresado por los araucanos y condenado a muerte.³ Será precisamente, a modo de una suerte de justicia poética, que una mujer mapuche, hija de un cacique amigo, la que lo ayudaría a escapar de la prisión y de una muerte segura en donde se encontraban él y sus compañeros, todos aterrados.

Ambos viajeros, Domeyko y Treutler, no difieren mucho en su visión sobre el estado en que encontraron a la mujer mapuche: sin libertad y sin independencia; pero sí observamos que Treutler tuvo la oportunidad de estar en mayor proximidad con ella y observar mejor sus rasgos altamente positivos y su situación desfavorable para su desarrollo social y personal, más allá de los usos y costumbres de los admirables e importantes hijos de la Tierra.

BIBLIOGRAFÍA

Bengoa, José. *Historia del pueblo mapuche*. Ediciones Sur, Santiago de Chile, 1985.

Domeyko, Ignacio. *Araucanía y sus habitantes*. Edición, selección, notas y prólogos de María Paradowska y Andrzej Krzanowski, Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos, 1992.

³ Domeyko había escrito ya en su libro, "Los araucanos atribuyen tanta importancia a estas ruinas que no permiten a nadie acercarse a ellas. Quedan casi desde hace tres siglos como después de un incendio; no hace mucho por poco mataban al superior de los capuchinos, quien por curiosidad quiso verlas." (*Araucanía y sus Habitantes*, 213).



Molina, Juan Ignacio. *Compendio de la Historia Geográfica, Natural y Civil del Reyno de Chile*. Traducida al español por Domingo Joseph de Arquellada Mendoza. Antonio de Sancha, 1788-1795.

Ried, Aquinas. "La Conquista de Arauco". *Revista del Pacífico*. Vol.II, 1860, pp. 5-16 y 257-264.

Treutler, Paul. *Provincia de Valdivia i los Araucanos por Paul Treutler*. vol. 1. Imprenta Chilena, 1861.

---. *Andanzas de un alemán en Chile 1851-1863*. Traducción de Carlos Keller. Editorial del Pacífico, 1958.

Lilianet Brintrup enseña en la Universidad de Humboldt en California. Obtuvo su Doctorado en The University of Michigan, Ann Arbor. Su escritura se centra en la investigación literaria de viajes de importantes viajeros (I. Domeyko; B. Vicuña Mackenna, R. Philippi Krumwiede; E. Philippi Krumwiede; V. Pérez Rosales; M. Graham, P. Treutler; G. Verniory) del Siglo XIX, de los cuales ha escrito más de 45 artículos. Es autora del libro *Viaje y Escritura*, de cuatro poemarios y de *Crónicas y Reseñas*. Organizadora de seis Congresos Internacionales de Poesía y de *Encuentros de Escritores*; Miembro del Comité Organizador del *I, II y III Simposios Internacionales: Libros, Viajes, Viajeros* (Puebla, Oaxaca, México y Sibiu, Rumanía). Organizadora de nueve Congresos Internacionales en honor al viajero Alexander von Humboldt.

lib1@humboldt.edu